

Peleas de Arriba, cuna de emigrantes

José Rivero de Castro

Peleas de Arriba es un pequeño pueblo al sur de Zamora, provincia castellano leonesa lindante con Portugal. Cuenta en la actualidad con 180 habitantes aproximadamente durante el invierno, que aumentan sensiblemente en los periodos de vacaciones.

Sus gentes se han dedicado tradicionalmente a las labores agrarias y ganaderas, sin apenas industria ni en el pueblo ni en las comarcas que lo rodean. Tal vez por ello muchos jóvenes se vieron obligados a emigrar en los años 50 y 60 del siglo pasado. La falta de oportunidades y que las parejas de la época formaban familias de hasta ocho o diez hijos de manera más que frecuente, derivaba en que éstos descendientes no tuviesen apenas esperanzas laborales y se vieses abocados a afrontar el tema de la emigración como la única salida a la penuria de esos años. En Peleas triunfó más la emigración europea que la sudamericana, especialmente a países como Alemania, Suiza, Francia o Bélgica.

En este relato vamos a conocer un poco más la historia de tres matrimonios que eligieron esta opción laboral para forjar su futuro y que, pasado el tiempo, pueden presumir de haber triunfado en la vida y haber dado mejores oportunidades a sus descendientes.

ISMAEL Y CARMEN

Ismael Martín Fernández nació el 11 de enero de 1940 en Cabañas de Sayago, pueblo muy cercano a Peleas de Arriba, aunque perteneciente ya a la famosa comarca zamorana de Sayago. Sus padres, Ismael y Vicenta, se dedicaban a la agricultura, primero como arrendatarios y años después como propietarios de sus propias tierras en los terrenos de Monte Concejo, ya en el término de Peleas. Ismael era el mayor de cuatro hermanos y desde muy joven tuvo claro que en el pueblo no iba a tener futuro laboral ni posibilidad de hacer dinero. Tras realizar el servicio militar en el norte de África, mayormente en Melilla, decidió viajar a Alemania en busca de fortuna.



En octubre de 1964 dio finalmente el paso, dice él que “buscando el dinero que aquí no había”; sin papeles, puso rumbo a Dusseldorf. El quería haberlo hecho de forma legal, incluso tenía pedidos los permisos en emigración de la Subdelegación de Gobierno¹, pero no tuvo la paciencia de esperar e hizo la maleta antes de tener todo en regla. Ese otoño partió en tren rumbo a Madrid, donde cogió un avión con destino a Frankfurt; ya en Alemania, enlace hasta Dusseldorf donde comenzó su periplo como emigrante.

El primer susto lo tuvo ya en la aduana, donde la policía le pidió el pasaporte y, temblando de miedo, Ismael inventó la historia de que iba de turista: ya estaba preparado para esta versión y con su “disfraz” con corbata incluida, gafas de sol y enseñando el dinero que llevaba para sus gastos, consiguió convencer a las autoridades y seguir con su empeño de lograr el ansiado trabajo.

Con el dinero a buen recaudo, guardado sin cambiar por si le hacía falta para algún viaje u otro imprevisto cualquiera, al día siguiente ya encontró un puesto de obrero en una fábrica de construcción de productos de ferretería; gracias a Lucas, logró un puesto de ocho horas al día, aunque él echaba hasta doce para conseguir más dinero.

No contento con los ingresos, pronto cambió esta fábrica por una fundición donde ganaba el doble y tenía la posibilidad de echar más horas y hacerse con

¹ En aquel momento esta institución aún se llamaba Gobierno Civil. (N.E.)



una cantidad de ingresos superior a la esperada; presume Ismael de trabajar produciendo lo que dos alemanes en su puesto de trabajo.

Pero no todo era positivo: los dos primeros años en Alemania su empresa le tuvo trabajando sin papeles, con el consiguiente pánico por si la policía le pillaba y le pedía explicaciones; en esas condiciones, Ismael apenas salía de la fábrica, incluso dormía dos o tres horas allí mismo, con ratas grandes como gatos saltando por encima de su cuerpo dormido.

Aunque con tantas horas de trabajo y el ahínco con el que lo hacía le daban muy buenos réditos, una media de 1.200 marcos –al cambio en aquella época 14,90 pesetas–, al mes, Ismael empezó a exigir al jefe los papeles, incluso

amenazando con irse por la falta de seguridad, por no tener asistencia sanitaria y el miedo a ser detenido. Dos días tardó el jefe en conseguir los anhelados papeles después de estas amenazas. Aún así, el tipo de trabajo seguía siendo el mismo aunque las noches ya las pasaba en su casa.

Empezó a trabajar unas diez y siete horas al día, con vida de monje, de casa a la fábrica y de la fábrica a casa; con sus compañeros, mezcla de españoles, marroquíes y alemanes, tenía una buena relación, con un trato ameno, pero la escasez de maquinaria y la dureza del trabajo hicieron que apareciesen ciertos celos profesionales ante la cantidad de horas que trabajaba y el ahínco que Ismael ponía en su labor; para él no había sábados, ni domingos, ni festivos, todos los días eran de trabajo y el objetivo de hacer dinero hacía que sólo pensase en meter las más horas posibles.

Incluso no tuvo problemas para conseguir aumentos de sueldo: siempre en la misma fábrica, el jefe sabía de la validez de Ismael y cuando éste amenazaba con irse a otro sitio si no le subían la nómina, enseguida conseguía sus objetivos y las remuneraciones subían de inmediato.

Recuerda Ismael con cariño al señor Capptor, compañero de la fábrica de al lado, el cual sí entendía su ansia de trabajo y que le enseñó a soldar y otros trucos laborales. Este sí comprendía los deseos de conseguir hacer el máximo dinero para regresar a España lo antes posible habiendo triunfado en su vida de emigrante.

A mediados de 1967 conoció a Carmen, su futura esposa: Carmen Lago González, gallega de pro, nacida el 17 de agosto de 1947 en Herbón, en la provincia de La Coruña, hija de Manuel y María, ambos agricultores de productos de huerta, especialmente de los famosos pimientos de Padrón.

Carmen fue la pequeña de siete hermanos, tres de ellas mujeres y no tuvo problema alguno en emigrar a Alemania a buscarse la vida; ya tenía allí dos hermanos y dos cuñadas y, con autorización de su padre por ser menor de edad, viajó ya desde el principio con los papeles en regla: recuerda la dureza del viaje en tren desde Padrón hasta Essem, ya en el país teutón, pero sin pena de irse y sin excesiva añoranza de la familia que dejaba atrás.

Recuerda que en Alemania la estaban esperando de forma organizada: cada grupo debía acudir al cartel en que se reclamaba a los distintos emigrantes según la localidad a la que debían viajar.

Su primer trabajo fue en la cocina de un hospital especializado en problemas de corazón y pulmón; allí coincidió con alemanes, españoles de distintas localidades y africanos a los que recuerda por lo negro de su piel, cosa que le chocó especialmente por la novedad que en ella significaba.

En ese primer empleo, Carmen ganaba aproximadamente 800 marcos al mes, con un trabajo bien estipulado de horarios, con ocho horas de trabajo diario y librando un domingo de cada dos. Eso siempre que no comprase turnos a



algunos alemanes que preferían no hacer domingos o festivos, lo cual era aprovechado por “la gallega” para sacarse unos marcos extras.

Sus recuerdos en ese empleo son muy positivos, tanto por el aspecto laboral como por el trato que recibió de compañeros y superiores; allí estuvo hasta que se emparejó con Ismael, con el que contrajo matrimonio el 21 de diciembre de 1968 en Helinhouse, aunque la ceremonia fue oficiada por un sacerdote español.

A partir de la boda Carmen empezó a trabajar en una fábrica de fundición de piezas, sobre todo de coches, con unos horarios parecidos a

los de su primer empleo. Ya por entonces vivían como pareja en los bajos de la casa de los jefes de Ismael, una especie de garaje con cocina y una habitación anexa.

Ismael y Carmen tuvieron a su primera hija, a la que pusieron Carmen de nombre, en julio de 1970 allí en Alemania, donde ya por entonces las autoridades concedían dos meses antes del parto y otras seis semanas después para cuidar las madres a los recién nacidos. El trato en el hospital fue exquisito, pese a que fue un parto difícil y que finalizó con una inevitable cesárea.

La niña se vino a los pocos meses a España, concretamente a vivir en el Monte Concejo, en Peleas, dos años después a Salamanca, donde la madre de Ismael cuidaba de ella mientras los padres seguían trabajando en Alemania; las visitas a la niña eran anuales, aunque la estancia era larga, ya que pasaban incluso dos o tres meses con ella.

No esperaron mucho para tener a su segundo retoño, Ricardo, el cual nació en agosto de 1972 en el mismo lugar que su hermana; también fue enviado a Salamanca con su abuela más o menos al cumplir los ocho meses; en ese piso salamantino comprado por Ismael a su madre residieron los dos pequeños sus primeros años de vida.

Aunque el duro trabajo les tenía más que entretenidos, la añoranza de la tierra y, sobre todo, lo que extrañaban la ausencia de sus hijos, especialmente en fechas señaladas como cumpleaños, navidad, etc hizo que Ismael y Carmen empezasen, en 1973, a plantearse el regreso a España. Por ello, se compraron un solar grande en Peleas de Arriba, con la intención de que sirviese tanto para casa como para montar un negocio cuando los ahorros lo permitiesen.

En esos últimos años en Alemania, Ismael siguió apretando en su trabajo, aprovechando hasta la última oportunidad de aumentar los ahorros para volver cuando antes a España. Ni se planteaba los días libres, la diversión u otros tipos de entretenimiento.

Carmen, sin embargo, sí tenía unos horarios más elásticos, incluso disfrutó de varios meses de permiso por problemas de salud. Todo ello lo aprovechó para hacer viajes, organizados por su empresa, a países como Austria o Suiza.

Finalmente, decidieron que el negocio en España sería un bar, y encargaron su construcción mientras ellos seguían trabajando; hicieron varios viajes a Zamora, y en uno de ellos, en 1977, Carmen decidió quedarse ya como dueña y trabajadora del bar Los Emigrantes, sito en Peleas de Arriba, y que desde el primer momento fue un auténtico éxito como negocio.

El bar estaba a pie de la carretera, en la llamada Vía de la Plata, con trayecto desde Asturias hasta Andalucía, cruzando todo el oeste de España. Este continuo tránsito de viajeros, junto al amplio aparcamiento construido, convirtió al bar en parada habitual de ingleses, franceses, alemanes y demás turistas europeos. Lo mismo valía como hospedaje y para dar comidas, que como salón de baile para los habitantes del pueblo.

También sirvió de alojamiento a un grupo de cazadores asturianos que pernoctaban todo el fin de semana en Peleas y que hacían comidas en el bar de más de 100 personas; el éxito del negocio estaba garantizado e Ismael empezó a plantearse el regreso definitivo a su país.

En su último viaje decidió que era el momento del retorno y en 1979, tras un último periodo laboral de 8 meses, hizo las maletas para volver a su tierra. Recuerda Ismael las últimas palabras que su jefe de tantos años en Alemania le dedicó en la despedida: “Bueno amigo, adiós, en esta fábrica no volverá a haber otro obrero como tú”.

En los siguientes años, Carmen e Ismael siguieron con su bar, famoso en la comarca por sus deliciosos callos, cuya receta, traída de Alemania, sólo conoce Margarita, una chica de Peleas que les ayudaba en la cocina y cuyos ingredientes dicen que sólo contarán a sus nietos.

Pero todo tiene su final, con la edad, y también la falta de salud tras tantos años de duro trabajo, les llegó la hora de una más que merecida jubilación; ahora viven en la misma vivienda de Peleas, entretenidos con su huerta y sus animales y gozando de sus nietos, Alejandro y Ariadna.

También aprovechan ahora para hacer los viajes de placer que antes no pudieron llevar a cabo: Holanda, Austria, Alemania, e incluso Cuba, fueron algunos de sus destinos, además de ir conociendo los distintos bellos rincones de España que antes no podían visitar.



Fotografías de Ismael y Carmen.

ÁNGEL Y MARI

Aunque ninguno de los dos nació en Peleas de Arriba, ambos se consideran del pueblo y su vida siempre se ha visto marcada por esta localidad zamorana.

María del Tránsito Vallecillo Fernández fue la que “esperó” antes a su futura pareja en Peleas; pese a nacer, el 23 de septiembre de 1944, en una localidad más cercana a la capital, Casaseca de las Chanas, con pocos meses ya estaba viviendo en su futuro pueblo. Sus padres, Primo y Flora, dedicados a labores agrícolas, se trasladaron a la Dehesa de Valparaíso, ya en el término de Peleas, donde vivieron un tiempo hasta establecerse en el pueblo con sus cuatro hijos, tres varones y Mari como única fémina.

Ángel Rodero Toribio, nacido el 13 de marzo de 1944 en el pueblo zamorano de El Maderal, tuvo una vida más migratoria en sus primeros años de vida. Junto a su hermano, sus dos hermanas y sus padres, Mariano y Flora, tuvieron un periplo más complicado antes de que Ángel llegase a Peleas.

Dedicados al pastoreo, especialmente cuidando ovejas, sus padres pasaron varios años en pueblos cercanos como Cuelgamures o Fuentelcarnero, época

en la que Ángel, con apenas 17 años, tuvo la oportunidad de encontrar trabajo ayudando en la labranza a Eladio y Julia, matrimonio de Peleas, para los que estuvo un tiempo trabajando.

Pese a conocer pronto a su futura pareja, Ángel veía claro que el futuro laboral en España era realmente difícil en esa época, ya que además de escasear el trabajo, los sueldos que se ofrecían eran realmente escasos comparado con lo que la gente que había emigrado a países europeos contaba que ganaba por empleos similares.

Así que Ángel no dudó en tener su primera experiencia como emigrante con apenas 19 años; y fue en un trabajo de temporada en Teuville, Francia, concretamente en la recolección de remolacha, donde viajó gracias a un contrato conseguido por el Sindicato². Junto a su paisano José Antonio y otros zamoranos de distintas localidades pasó algo más de un mes trabajando a destajo. Cuenta Ángel que les reunían en grupos de ocho o diez trabajadores para así distribuirles mejor en el reparto de las tareas; aquellas 37.000 pesetas fueron una espléndida recompensa comparado con lo que se ganaba en España.

Animado por unos amigos del cercano pueblo de El Perdigón, varios trabajadores se animaron a seguir su periplo francés y se trasladaron a una fábrica de calzados en Bermon, donde Ángel estuvo trabajando como obrero; fue un trabajo bien pagado en comparación con España, pero sin excesos, ya que eran tres turnos distintos pero siempre con un límite de horas, lo que evitaba ganar cantidades demasiado altas.

Entonces el franco³ estaba a unas 12 pesetas al cambio y con el sueldo que tuvo en estos casi dos años, le daba para ahorrar y mandar algo a casa, pero llevando una vida casi dedicada al trabajo y en la que echaba ya de menos a su novia zamorana.

El fallecimiento de su madre estando en Francia también supuso un duro golpe que aumentó la añoranza en esa época. Sin embargo, aguantó en el país vecino hasta que tuvo que cumplir con el servicio militar obligatorio español: fue algo más de un año el que pasó entre León, Zamora y Toledo.

Afianzada su relación con Mari, la pareja contrajo matrimonio el 26 de noviembre de 1966, por lo que Ángel intentó forjar de nuevo su futuro en España junto a su ya esposa; pero enseguida se dio cuenta de lo difícil de la empresa: tras varios trabajos precarios y mal pagados llegó al convencimiento de que si quería aspirar a una vida más digna debía volver a emigrar.

² Se refiere al Sindicato de Falange. (N. E.).

³ Moneda francesa.

Pese al nacimiento en mayo de 1967 de su primer hijo, Ángel, Rocky para los amigos, en la primavera de 1968 partió esta vez rumbo a Alemania junto a su amigo Salustiano. No fue una salida precipitada, sino todo lo contrario, pensada y meditada largo tiempo y llevada a cabo tras conseguir un buen contrato de trabajo en una empresa de construcción en Darmestach, donde estuvo alrededor de un año seguido y volviendo a los pocos meses con pequeños contratos de trabajo.

Con la idea de ir progresando laboralmente, decidió trasladarse a Frankfurt, donde encontró acomodo en una fábrica de máquinas de escribir, en la que permaneció casi dos años trabajando a turnos; mejor pagado que en la anterior ocupación y, por supuesto, mucho mejor que en España, tampoco el sueldo era como para pensar en grandes ahorros, por lo que siempre estuvo atento a la posibilidad de mejoras futuras.

En esa época, Ángel residía en apartamentos en grupos de cuatro o seis trabajadores, donde ellos mismos debían cocinar, limpiar y hacer el resto de tareas domésticas; fueron meses donde los entretenimientos se reducían prácticamente a salir con los compañeros al cine, sobre todo a ver películas españolas y a convivir con ellos en largas tertulias caseras.

Estando en esa residencia fue cuando Ismael, el protagonista de nuestra anterior historia, fue a buscarle para irse con él a Heligerhouse, a la fundición donde él venía trabajando. Fue una época dura de trabajo donde Ángel estuvo casi un año.

Mari, “reclamada por Ángel”, emigró en los primeros meses de 1971 a Alemania para reunirse con su marido; le costó mucho dejar a Ángel hijo en España, pero sabía que en manos de Flora, la abuela materna, quedaba en buenas manos y podría mandarles dinero para que tuviesen mejor calidad de vida; dice Mari que entonces la vida se veía de otra manera y que el no tener vida aquí la empujó a decidirse antes.

Aunque realizó el viaje en régimen de turista, pronto le hicieron los papeles y consiguió su primer contrato de trabajo: fue como limpiadora en una fábrica de AEG y posteriormente en lavandería casi un año, trabajando a destajo hasta casi diez y seis horas diarias. En total fueron tres empresas distintas en las que se empleó.

Recuerda Mari los muchos días que llegaba a casa con los pies llenos de ampollas sin poder apenas mantenerse en pie. La dureza del trabajo tenía la compensación de que los ingresos económicos eran bastante altos, superiores incluso en ocasiones a los que conseguía su marido en su fábrica, pero el precio era muy caro, ya que las molestias físicas eran continuas y de difícil solución ante el alto ritmo de trabajo.

En esa época en la que convivieron en Alemania, Ángel y Mari tampoco tenían demasiado tiempo para el entretenimiento; sus recuerdos se basan sobre

todo en los domingos que pasaban con otros españoles con los que se juntaban a pasar el día en casa de unos o de otros; el resto de los días era el mismo trayecto de forma repetida, de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Las convivencias eran sobre todo por localismos: se juntaban sobre todo con los zamoranos de la zona, sino con otros españoles, sobre todo mencionan a los andaluces.

Sí recuerdan como algo excepcional un viaje que realizaron de forma organizada con un grupo de amigos a Holanda, país cercano a su localidad y que fue lo único realmente distinto que hicieron en su periplo alemán.

A día de hoy Ángel y Mari manifiestan que los alemanes les veían como “cazurros”⁴ ya que, junto a los turcos, griegos o yugoslavos, eran los españoles los que hacían las tareas más duras y que los nativos no querían realizar.

Fueron casi tres años los que Mari aguantó en condiciones similares y probablemente hubiesen sido más de no haber quedado embarazada de su segundo hijo, Santi, que nació en agosto de 1974, por lo que Mari decidió que era el momento de regresar a España junto a su primogénito.

El regreso, poco más de un mes después de nacer Santi, fue con el consuelo de que Ángel ya había decidido que era el momento de que toda la familia se juntase en Peleas poco tiempo después, que a la larga fue más de un año más tarde.

En ese tiempo, con dos niños pequeños y una casa por dirigir, Mari atendía en sus horas libres una pequeña huerta y cuidaba de los animales que ayudaban a sustentar la casa, como conejos, gallinas, etc.

Fue en diciembre de 1975 cuando Ángel regresó al pueblo. Lo tenía claro y había muchos motivos que le empujaron a ello: la añoranza de su mujer y dos hijos, lo cara que resultaba mantener dos casas abiertas y que los sueldos en Alemania, aún siendo buenos, no compensaban tanto gasto extra en la situación en la que se encontraban.

Sin embargo, laboralmente el regreso fue realmente difícil; tardó dos o tres meses en encontrar empleo y veía que la situación en España seguía siendo realmente dura.

Aprovechó para sacar el carnet de conducir y consiguió un empleo decente en la empresa Muebles Viriato, donde estuvo alrededor de nueve meses; posteriormente trabajó en la construcción hasta encontrar el que fue su empleo definitivo: repartidor de bombonas de gas butano.

Este trabajo fue el que marcó el resto de su vida laboral, ya que los 28 años que estuvo como “butanero” hicieron que este fuese el mote por el que la mayoría de la gente conociésemos a Ángel en toda la provincia de Zamora.

⁴ Personas incultas, toscas, torpes y lentas en comprender. (N. E.).



Fotografías de Ángel y Mari.

Fueron años duros de trabajo que dejaron su huella en el físico de Ángel, que también aprovechaba la huerta para sacar productos que llevar a casa de forma más económica y lógicamente con más calidad.

En estos años tuvieron tres hijos más: Flori, nacida en junio de 1976, Raúl en julio de 1978 y Cristina en marzo de 1981.

Viendo como sus hijos crecían y poco a poco se incorporaban al mercado laboral e iban labrando sus propias vidas, Ángel siguió trabajando hasta que con 60 años los problemas físicos que el duro día a día de cargar bombonas de butano abocaron en una Incapacidad que terminó por jubilarlo; fueron especialmente los problemas en los hombros los que le impidieron seguir realizando las labores habituales y por los que los médicos dictaminaron que ya era el momento de dejar de trabajar.

Con la pensión española, más la pequeña paga que Alemania y Francia le concedieron que llegó tras casi catorce meses de tardanza, Ángel y Mari

gozan actualmente del merecido descanso que tras tantos años de trabajo se han ganado con creces.

Ahora, con la perspectiva del tiempo pasado, ambos manifiestan que se alegran de la vida que hicieron de emigrantes y que, si de algo se arrepienten, es precisamente de no haber estado más años en Alemania, ya que recuerdan con añoranza lo bien que se vivía allí en cuanto a tranquilidad laboral, sueldos más que decentes y, sobre todo, el orden y seguridad que se vivía en las calles alemanas.

Queridos por todos, Ángel y Mari viven en Peleas con sus hijos, su nieto Aitor, y sus amigos del pueblo, con muchos de los cuales recuerdan a menudo sus vivencias como emigrantes.

GINÉS Y ELISA

Mezcla de emigración europea y emigración nacional, Ginés y Elisa son otro de los ejemplos de jóvenes castellanos que fueron a Alemania buscando un futuro mejor y que años después dieron un primer paso de regreso a su tierra haciendo escala en el País Vasco, donde labraron su futuro y tuvieron a sus hijos.

Elisa de Castro Jal, 1943-1998, y cuando se dan dos fechas tras un nombre no es cosa buena, pero he preferido empezar con este dato porque estos relatos no pueden tener un final triste; están creados para la nostalgia, los recuerdos y el orgullo de sus protagonistas y no para pasar malos ratos; por eso, deciros que mi madre, Elisa, falleció con cincuenta y cinco años tras no superar una mal llamada “penosa enfermedad”, aunque yo creo que siempre hay que nombrar la palabra “cáncer”, pero hay que quedarse con el recuerdo de lo que ella fue: una persona alegre, extrovertida, valiente y que luchó toda su vida porque sus hijos se labraran el futuro que hoy tienen, en gran parte, gracias a ella.

Sus padres, Maudilio y Felicitas, se dedicaron toda su vida a la agricultura y ganadería, con sus pequeñas tierras, sus vacas, conejos, gallinas, etc.; la mayor de siete hermanos, más otros seis que fallecieron por distintas causas, la vida de niña y adolescente de Elisa estuvo muy marcada por ayudar en casa a cuidar de sus hermanos menores, lo cual le quitaba mucho del tiempo que otros niños de su edad pasaban divirtiéndose.

Ya desde muy jovencita se emparejó con Ginés, luego su marido y con el que se embarcó en el mundo de la emigración.

Ginés Rivero Bailón, el segundo de seis hermanos, cinco de ellos varones, nació en Peleas de Arriba el 29 de octubre de 1939; hijo de Antonio y Cecilia, modestos agricultores con algo de ganado, Ginés vio pronto que el futuro laboral en el pueblo era más que precario.



Con apenas 17 años, aún sabiendo que tenía que volver pronto por el tema del Servicio Militar, fue a trabajar a una fábrica de minerales a Vizcaya, concretamente a Zorroza, localidad cercana a Bilbao situada en la margen izquierda de la ría; fueron sólo unos meses, pero suficientes para ver cómo funcionaba el mercado laboral en el País Vasco y que en el futuro marcaría su regreso a España (sic). Allí trabajaba a turnos y esas primeras ganancias le ayudaron a tener claro que su futuro se encontraba en la emigración.

Tras esa primera experiencia laboral y ya enviado con Elisa, a Ginés le tocó cumplir con la mili obligatoria, además lejos de su tierra, en Sidi Ifni, territorio español en aquella época en el continente africano. Fue un año y medio de condiciones de vida durísima donde el clima y la ausencia de comodidades marcaron esa época; recuerda como anécdota una visita que la actriz y cantante Carmen Sevilla hizo a su destacamento, un poco para dar ánimos a los soldados y un mucho como propaganda del régimen de la época⁵.

⁵ Se trata de la actuación que realizó la citada artista ante las tropas españolas destacadas en la ciudad de Sidi Ifni o Ifni, entonces de dominio español. España se encontraba en guerra con el Reino de Marruecos desde noviembre de 1957, que pretendía incorporar el territorio de Ifni a su estado. El alto el fuego se firmó en junio de 1958. En 1969 Ifni quedó incorporado definitivamente al reino alauita. (N. E.).

Terminó su periplo militar en julio de 1961 y en septiembre ya marchó a Alemania; estaba claro que en Zamora y alrededores no había trabajo, “nada de nada”, y alguien le comentó que en el Ministerio de Trabajo cogían gente para distintos países, pero cuando él acudió sólo había para trabajar en minas. Tras un minucioso reconocimiento médico, de hecho sin gafas por un ojo “vago” no le hubiesen permitido marchar, el Ministerio le consiguió un contrato de trabajo para incorporarse en una mina alemana.

El viaje lo hizo junto a otros jóvenes de pueblos zamoranos cercanos a Peleas; tuvieron la suerte de que, al llegar a Colonia, les estaba esperando una persona alemana que les ofreció cambiar voluntariamente el contrato de la mina por otro de una empresa de jardinería que actuaba en distintas ciudades alemanas al cuidado de jardines y actividades relacionadas.

Todo el grupo de zamoranos aceptó la nueva oferta y se asentaron en Maidenich, en una residencia de solteros; casi todos los que allí residían eran extranjeros, sobre todo rumanos, españoles, italianos, turcos y marroquíes.

El trabajo no era demasiado duro y sí bien remunerado, aunque bien es cierto que les llevaba todo el día entre el viaje y la tarea en sí; todos los días se reunían a las ocho de la mañana en la oficina de Düisburgo, donde los jefes los distribuían en cuadrillas de cinco o seis trabajadores que asignaban a cada encargado. Desde allí viajaban donde tuviesen el encargo, a ciudades como Colonia, Essen, Altenessen o Nupertal. La propia empresa les pagaban la comida si era fuera de su ciudad y volvían a casa una vez terminada la tarea, eso sí, cobrando las horas extras si sobrepasaban las horas estipuladas.



Entonces el marco⁶ estaba en 14,96 pesetas y el sueldo, aún siendo menor de lo que les habían prometido en las minas, era más del doble de lo que se podía ganar en España en esa época.

Los entretenimientos de los trabajadores se reducían a ir a los cines de la época y reunirse todos los atardeceres, después de cenar, en amenas tertulias con trabajadores de las distintas empresas de la zona; al no haber televisión ni otras alternativas de ocio, los días se sucedían sin más diversiones. Sí recuerda Ginés una “escapada” que hicieron un grupo de españoles a Amsterdam a ver un partido de fútbol entre el Ajax y el Real Madrid; alquilaron una furgoneta y allí que se fueron a apoyar al equipo español de turno. Fue un oasis en medio de la monotonía de la época.

También había alemanes que se sumaban a las tertulias de esos largos atardeceres; pero su participación era, si cabe algo interesada. Lo hacían para practicar el español, como era el ejemplo de Koll, un alemán de familia acomodada que ya por entonces pasaba sus vacaciones en España y quería perfeccionar el idioma.

En diciembre de 1964 Ginés se vino a España de vacaciones y aprovechó para casarse con Elisa el 2 de enero de 1965; poco después se juntaron en Alemania y pasaron a vivir en las casas que el patrón dejaba a los que ya formaban matrimonio. Concretamente ellos convivieron con una pareja de rumanos y un matrimonio de El Perdígón.

Ya antes de partir a Alemania hicieron el primer pago del piso que compraron en Bilbao; tenían claro que allí sí había trabajo y planeaban su regreso a España haciendo una escala (no se sabía su duración), en el País Vasco.

Fue precisamente la mujer rumana la que encontró trabajo a Elisa en una fábrica de embotellar vino, entre otras marcas, casi todas de prestigio, el español vino de Málaga. Su horario de trabajo era matinal, incluidos sábados y domingos, aunque los fines de semana los cobraba en extraordinarias y con regalo de dos o tres botellas de vino que luego ellos vendían en la residencia y que les reportaba unos buenísimos beneficios. Entre unas cosas y otras se podía decir que Elisa ganaba en proporción de horas trabajadas incluso más que su marido, lo cual hacía que los ahorros fuesen superiores a lo esperado en un principio.

Tampoco era que hubiese muchas posibilidades de gastar, ya que su vida de matrimonio era casera del todo, junto a las otras parejas emigrantes hacían sus reuniones y como pareja sólo salían de su pueblo para ir a otro próximo

⁶ Moneda alemana. (N. E.)

los domingos, donde acudían a una misa que se daba en latín y que reunía a gentes de diversos países.

Durante 1965 hicieron los siguientes pagos del piso que compraron en Bilbao; Ginés ya conocía la ciudad y sabía que en el País Vasco el trabajo era fácil de encontrar. Antes de empezar incluso la construcción del bloque, ellos ya adelantaron parte de las 169.000 pesetas que les iba a costar el piso en el barrio de San Ignacio.

En octubre de 1966, con Elisa ya embarazada de su primer hijo, el que esto escribe, compraron los muebles y se volvieron para España (sic), convirtiéndose en emigrantes, pero de índole nacional.

José Antonio nació el 2 de noviembre de 1966, lo que significó el final de la vida laboral de Elisa y su dedicación a las tareas del hogar y cuidar tanto de su primogénito como de María Jesús, que nació en noviembre de 1971.

Por esa época Ginés ya estaba trabajando en una empresa de tubos y chapas, Talleres Zar, donde estuvo ocupado por las mañanas durante muchísimos años. Sin embargo eran muchas horas las que tenía libres por las tardes y pronto encontró acomodo como ayudante en una carpintería de un vecino del barrio.

Entre ambos trabajos los ingresos permitían un modo de vida más desahogado que al principio, por lo que poco a poco fueron acondicionando el piso y haciendo mejoras que les permitieron vivir con algo más de comodidad.

A través de unos conocidos, Ginés encontró un trabajo-hobby que le duró más de 20 años y que le reportó muchísimas satisfacciones: repartidor de almohadillas en los partidos de fútbol de San Mamés, en los que tenía el privilegio de ver gratis, además de lo que le pagaban por la labor, al Athletic de Bilbao en todos los partidos de liga española y competición europea.

Tuvo además la suerte de tocarle la zona de tribuna, junto a la entrada de vestuarios y de las personas que acuden al palco, por lo que, con el tiempo, conocía, y le conocían, todos los jugadores, directivos y personajes públicos de la capital vizcaína; como los repartidores eran los primeros en llegar al campo, veían la llegada de todos los protagonistas y luego veía los partidos con “los del puro”, los verdaderos entendidos de San Mamés.

De eso también me beneficié yo, ya que desde los 4 años pude ver gratis todos los partidos en tribuna, ya que cuando no me colaba mi padre, era otro compañero el que ayudaba a que pasase sin problemas. Incluso con el tiempo también yo repartí los libritos de publicidad que se dan a la entrada de los campos.

Por lo demás, la vida en San Ignacio transcurría sin más ajetreos o diversiones que las que los zamoranos de la zona hacíamos a los montes cercanos todos los domingos que el tiempo acompañaba. Nos juntábamos



Fotografía de Ginés y Elisa.



más de 20 personas entre adultos y niños, que con los macutos de comida nos íbamos a pasar el día en la preciosa naturaleza que rodea a la ciudad de Bilbao.

Pero la vida no para de dar sorpresas, y la mayor les llegó a Ginés y Elisa con el nacimiento de Sonia, su tercera hija, el último día de 1980. No esperaban tener más hijos pero luego se convirtió en la alegría de la casa.

Y aunque dicen que los niños vienen con un pan debajo del brazo, en el caso de Sonia fue la época la que evitó cumplir este dicho; llegaban los años 80, con la crisis industrial y la fábrica de Ginés entró en una época de grandes problemas que derivaron en el despido colectivo a finales de 1983.

Ginés tuvo la “suerte-desgracia” de romperse la pierna en sus últimos días de contrato, por lo que, antes del paro, cobró más de un año de baja, lo cual atrasó los problemas económicos que el tiempo trajo a la unidad familiar.

Sin posibilidad de encontrar otro trabajo a sus casi 40 años, Ginés consiguió la cesión de unas tierras para plantar huertas en la ladera de un monte que hay frente a San Ignacio; fue una época durísima, ya que él no estaba hecho para no ir a un trabajo estable todos los días y la posibilidad de encontrar algo fijo era casi imposible.

De vez en cuando el paro le avisaba para trabajos en la construcción, pero la cosa estaba muy mal y eran contratos muy cortos que anímicamente apenas le ayudaban; también estuvo unos meses en una fábrica de Zamudio, pero la crisis también evitó que durase mucho más.

Al principio de los 90 una circunstancia determinó que Ginés y Elisa se planteasen, más bien lo hicimos los hijos, el regreso a Zamora: los dos hijos mayores aprobamos sendas oposiciones para el estado y elegimos Zamora como el lugar donde asentar nuestras vidas.

Viendo que el paro era igual de duro estando en Bilbao que volviendo al pueblo, finalmente ocurrió lo inevitable: pusieron el piso en venta y en 1993 regresaron a Peleas de Arriba a iniciar otra etapa en sus vidas. Por lo menos allí estarían con el resto de la familia, con los amigos de juventud y con su huerta y sus animales de corral para hacer más fácil el paso de la crisis.

Ginés fue encontrando trabajos que completasen su vida laboral hasta la edad de jubilarse, y cuando mejor estaba es cuando la vida les tenía reservada la mayor de las desgracias: la enfermedad de Elisa, que no sólo acabó con ella, aunque le costó, vaya si le costó, sino que obligó a adelantar la jubilación a Ginés para cuidar de ella los últimos meses de vida.

Actualmente Ginés sigue en el pueblo viviendo sólo, pero con sus hijos, nuera, yernos y nietos, Ainhoa, Elena, Raúl y Rubén, que le acompañan siempre que pueden, sobre todo, en los cocidos de los sábados que él prepara para todos.